
PENSANDO EN LA DEMOCRACIA: IMAGENES E IMAGINACION

Vanna Ianni*

En este momento inicial quiero dar las gracias a las organizaciones que han promovido este evento, COPADEBA y Ciudad Alternativa, por haberme invitado y ofrecido una importante oportunidad para presentarles algunas reflexiones y poder tener un momento de encuentro y de confrontación colectiva. Además, me parece igualmente y aún más importante, dar un reconocimiento explícito y público a los promotores de esta iniciativa, dado que considero que eventos de esta naturaleza, que tratan de ubicarse en la coyuntura asumiendo, a la vez, una perspectiva más amplia de ella, son los que necesitamos en los momentos presentes. Es decir, considero importante y necesario alcanzar una mirada que no se detenga en lo inmediato, lo puntual y lo efímero y que, por el contrario, trate de individualizar en el fluir del presente las tendencias que más permanecen dentro de los procesos históricos dominicanos.

Aclaración inicial

Las ideas, más bien alusivas y sugerentes, que expondré acerca de la democracia participativa se reivindican desde el primer momento como parte de una reflexión "situada". No es mi objetivo proponerles una

* Este texto representa la transcripción y revisión de la exposición oral presentada en el seminario "Democracia participativa". Este origen explica la ausencia de las referencias bibliográficas. La autora solicita comprensión por su opción de no hacer explícitas sus deudas intelectuales.

conceptualización de carácter general acerca de la democracia o de la democracia participativa en particular; trataré, por el contrario, de confrontarme con la pregunta del porqué, en la sociedad dominicana y en una coyuntura determinada, emerge la demanda de democracia participativa. Más precisamente, intentaré interrogarme en torno al sentido que adquiere la reivindicación de una democracia de tipo participativo en la coyuntura que se inicia en abril de 1984.

Una coyuntura singular

¿Cuáles son los elementos que particularizan la coyuntura que asumimos como marco de referencia de nuestras consideraciones? A mi entender, y antes que nada, una inquietante y honda separación entre Estado y sociedad. En los años 80, vivimos un momento en el cual el sistema político dominicano manifiesta una crisis profunda que lo desconecta y lo separa de una sociedad "en movimiento". El sistema político padece una carencia acentuada de representatividad, en más de un sentido. En efecto, no sólo no logra ser promotor de un interés general, sino que también revela dificultades y obstrucciones relevantes para reflejar las múltiples demandas que brotan de la sociedad. Esta última experimenta desencuentros repetidos y preocupantes con el Estado, que profundizan y complejizan las desorientaciones e inseguridades que acompañan los extensos procesos de redefinición que la atraviesan y la transforman. Esto nos remite al aspecto que más sobresale y singulariza la coyuntura, connotándola de una dimensión de transición "histórica": La movilidad de la sociedad en transformación frente a un sistema político más rígido y estático conlleva el cuestionamiento del eje tradicional de articulación de Estado y sociedad.

Un elemento que acompaña de modo significativo esta peculiar separación de Estado y sociedad es un amplio e intenso deseo de transformación, un anhelo hacia el cambio presente en los diferentes actores que componen la sociedad. Estas ansias y aspiraciones encuentran su expresión más lúcida y honda en la demanda recurrente e insistente que plantea la necesidad de nuevas formas del quehacer político. No sólo en el movimiento social en despunte desde abril/84, que nos remite a la centralidad del movimiento territorial, sino también en los diferentes actores sociales, emerge la consciencia del desgaste y agotamiento de los liderazgos hasta hoy vigentes y la invocación a nuevos principios de articulación de la acción social y política. Se destaca, en primer término, la aspiración a un modo de participación más inclusivo y menos excluyente y discriminatorio de la pluralidad social.

Un fenómeno que opera como síntoma de los procesos y de las tendencias que estamos refiriendo, está constituido por la emergencia, en la coyuntura electoral de 1990, de múltiples e inéditos movimientos municipales y no. Al lado del movimiento barrial encontramos numerosos otros movimientos, de índole y materialidad diferentes, que despuntan en la vida pública y resultan portadores de una demanda amplia de cambios. Me parece interesante destacar que, no obstante la diversidad que intercorre entre esa pluralidad de movimientos, todos expresan una crítica al Estado y a la forma tradicional de hacer política, una crítica a los partidos y a la democracia entendida como ejercicio puntual y limitado al momento de las elecciones.

Un elemento significativo e importante que constituye una característica insoslayable de la coyuntura, al no estar presente en otros momentos históricos, es el compromiso extendido con la definición de una dimensión institucional de la transformación de la sociedad. En efecto, en estos momentos nos encontramos ante propuestas diferentes que tratan de explorar la dirección en que tendrían que transformarse el sistema político, el Estado y los partidos, y la misma configuración económica y social. Dentro del área de consenso en que confluyen elementos de las diferentes propuestas, emerge sobre todo la demanda de "democracia participativa". Este hablar de democracia participativa, que pretende acentuar la adjetivación de la democracia, tiene, a mi entender, una importancia y un sentido básicamente coyunturales. Expresa inconformidad con la democracia existente, planteando una crítica precisa a la democracia frágil, restringida y limitada que caracteriza el sistema político dominicano. Sin embargo, un componente igualmente importante de su interpelación, nos remite a las divergencias que de uno u otro modo separan las propuestas que expresa y articula.

Imágenes de democracia participativa

La demanda de democracia participativa, en estos momentos, presenta el perfil de una constelación ambigua y fluida, en la que coexisten, se confunden y contraponen múltiples "imágenes" de sociedad. Trataré de aproximarme a ella, ubicando principalmente dos tendencias, es decir, dos diferentes modos de entender la democracia que parecen definirse y afirmarse. Cada uno de ellos atraviesa diferentes organizaciones, así como en una misma organización operan, a veces, ambos.

Hay un modo de hablar de democracia participativa que plantea su inconformidad con la democracia actual contrastándola con la posibilidad y urgencia de un proceso de racionalización, de redefinición social y política. Entiende la democracia participativa como un proceso de institucionalización, de establecimiento de reglas y de procedimientos que traspasen las pautas personalistas propias del patrimonialismo, que sigue interfiriendo la modernidad dominicana. Esta tendencia presenta su manifestación más nítida en las formulaciones del Movimiento de Renovación (Moderno). Este último plantea la urgencia de un proceso de modernización de la sociedad dominicana, y lo entiende como un devenir enraizado en la propuesta neoliberal que enfatiza el horizonte del individualismo competitivo. Propende, de este modo, a evadir y elidir un fenómeno que emerge en la coyuntura y que, a mi entender, representa una de las características más peculiares de ella: la demanda de nuevas formas de hacer política, la cual apunta a la multiplicación de los sujetos que actúan en el escenario político. La propuesta de Moderno, y la tendencia que en ella opera, tienden a enmarcar el quehacer político dentro de los linderos tradicionales. Aspiran a un fortalecimiento de los partidos, pero soslayando que en la sociedad contemporánea, en República Dominicana y fuera de ella, los partidos no pueden ya ser el único punto de referencia del hacer política. De este modo, recuperan la demanda de participación presente en la sociedad, pero la procesan de modo selectivo eludiendo su sentido y su materialidad más novedosos y prometedores.

La otra tendencia a la que queremos referirnos está presente, de modo particular, en algunos grupos populares. También ella plantea un pensar en contraposición con la democracia existente, que, en este caso, se hace propositor de un proceso de transformación social que apela a la revolución. Entiende ésta como un cambio radical, caracterizado por una ruptura de tipo puntual y violento con el orden existente. De este modo, concibe el momento constitutivo de la democracia como apoyado en una relación determinista y unilineal, entre cambio económico-social y transformaciones políticas. Lleva, por ende, a proponer como momento inicial, "fundacional", de construcción del orden democrático, la dictadura. Porque no es más que una variación de término hablar de la necesidad inicial de un gobierno "provisional", el cual concentraría todos los poderes y duraría, en esta última variante, un período de años ya establecido. Lo que hace algún tiempo se llamaba "dictadura del proletariado", parece hoy asumir la forma peculiar de un gobierno provisional que sustituye el sujeto proletariado por el sujeto pueblo, pero sigue manteniendo la misma visión de sus características esenciales.

Esta tendencia, a mi entender, muestra las huellas de la cultura política del pasado. El autoritarismo revela su permanencia en la dimensión determinista con la cual sigue pensando la transformación social y, sobre todo, en la concepción del sujeto como realidad constituida y no por constituir, con la cual continúa operando.

Estas dos tendencias extremas, que surcan la constelación configurada por las demandas de democracia participativa, recogen en parte, y en parte evaden, el deseo de participación presente en la sociedad y, en modo particular, en los grupos populares. Sus aportaciones y sus límites señalan las tensiones que entran el camino de la democracia dominicana, la sinuosidad y complejidad de sus procesos, en los que los diferentes actores y las distintas proyectualidades confrontan obstrucciones y detenimientos internos a su mismo devenir, donde avances y retrocesos se entremezclan a veces sin fronteras definidas y evidentes. Sin embargo, es precisamente esta complejidad del presente la que permite plantear que nos encontramos en una coyuntura de transición en la que se albergan posibilidades para perfilar proyectos superadores de la democracia existente. Me parece importante destacar al respecto que esta construcción posible y necesaria requiere de esfuerzos largos y tenaces, necesita de una paciente e incansable capacidad de reflexión y de superación de los esquemas agotados.

En la coyuntura actual, este proceso de definición democrática, en el que la acentuación del elemento participativo señala los límites de lo existente, necesita asumir claramente algunos puntos de referencia básicos.

Imaginando la democracia

Por mi parte, no intentaré presentarles modelos de democracia participativa, lo que no me parece acorde con la naturaleza del evento, la perspectiva individual de quien expone y la caracterización de la actual coyuntura. Me he inclinado, por el contrario, a trazar un punteado de criterios básicos, que entiendo no pueden obviarse en un proceso de construcción democrática que supere las restricciones y las limitaciones que estrechan el actual escenario público dominicano.

En primer lugar, para lograr que la demanda de democracia participativa pueda devenir en proyecto viable, que supere el momento de la crisis asumiendo la materialidad de una propuesta compartida mayoritariamente, hay que acceder a una visión de la democracia como espacio móvil, procesual, conflictivo y contradictorio. Son éstas las

características que hacen de la democracia el momento privilegiado de constitución de las identidades colectivas, de los partidos, de los movimientos y de los diferentes actores sociales.

No podemos entender la democracia al margen de los procesos de conformación de los sujetos, tanto políticos como sociales. Tenemos que aprender a recordar el carácter relacional que individualiza las identidades, superando la visión esencialista que las asume como ya constituidas y sólo necesitadas de una manifestación. El pueblo no existe como unidad, representa el resultado unitario y siempre transitorio de un proceso de articulación porque está compuesto por un conjunto de intereses, de demandas, de actores extremadamente heterogéneos y móviles, cuya composición nunca puede considerarse una materialidad acabada y concluida.

La democracia representa precisamente este espacio procesual y contradictorio dentro del cual las identidades colectivas encuentran posibilidades de constitución. Esta característica evidencia la importancia central de otro de los rasgos difícilmente soslayable de la democracia: la pluralidad. En efecto, el pluralismo, el reconocimiento de la diversidad, y no su anulación, no pueden ser elididos cediendo a la tentación, tan recurrente en la sociedad dominicana, como en otras sociedades caracterizadas por una análoga heterogeneidad, desarticulación y subdesarrollo, de tratar de reducir la unidad a unanimismo. La unidad resulta posible y necesaria en la medida en que no niega la diversidad, sino busca constantemente puntos de convergencia, niveles de articulación y de consenso. Entender la unidad en el sentido organicista de ausencia de divergencia implica proponer una perspectiva que bloquea no sólo los procesos políticos sino también el crecimiento del movimiento social que asoma. Vivimos en una época en la cual, no sólo en la coyuntura dominicana sino a nivel universal, la "diferencia" es punto de referencia primario de los actores y de sus interrelaciones. El mantenimiento de las diferencias en la convergencia es una de las posibilidades que garantiza la democracia. Al respecto, quiero remitir un elemento que no está muy presente en los discursos actuales acerca de la democracia y que, sin embargo, resulta indispensable no eludir. El pluralismo supone el reconocimiento del derecho de la mayoría y de las minorías. La mayoría no puede asumirse como criterio de eliminación de las minorías. Si así actuara, la democracia terminaría por negarse a sí misma la posibilidad de tener un momento continuo de confrontación y verificación de sus elecciones y acciones. Debilitaría sus mismos procesos de sustanciación, en la medida en que ella misma desconocería sus características

de ser un proceso y un tránsito, no una realidad estática y ontológica. Característica definitoria de la democracia es el reconocimiento del derecho de las minorías, y en esto reside su peculiaridad de constituirse como espacio plural.

Otro elemento que considero importante referir en este limitado ejercicio imaginativo acerca de la democracia, es la pluralidad de formas que requiere su construcción. A mi entender, los discursos que en la actualidad circulan acerca de la democracia participativa muchas veces soslayan que los procesos democráticos necesitan de algo más que la buena intención. No se trata simplemente de reivindicar la participación, es urgente explorar los caminos posibles para viabilizar la participación deseada. Esto último plantea, entonces, la capacidad de conjugar, según un amplio y variado espectro de opciones, formas diferentes, en parte definidas y en otras por imaginar, resultando superada la antigua contraposición de democracia representativa y democracia directa. Al respecto, me preocupa resaltar la importancia y significatividad que una visión expansiva de la democracia asume en el escenario dominicano, cuyos procesos revelan permanencias autoritarias inquietantes y persistentes. El autoritarismo no está presente sólo en el discurso de los grupos dominantes sino también en el discurso de los grupos subalternos, manifestando ejercer un peso decisivo y obstruyente sobre gran parte de las propuestas políticas de las izquierdas dominicanas. La visión expansiva o represiva que asumimos frente a la democracia condiciona, en primer lugar, el tipo de respuesta que ofrecemos a algunas de las interrogantes más presentes en el escenario político actual. ¿De qué modo garantizar la representatividad? ¿Qué relación establecer entre electores y elegidos? ¿Cómo asegurar que los elegidos sean portadores reales de las voluntades de los electores? ¿Como viabilizar un proceso que active las capacidades de agregación y articulación de las dispersas y heterogéneas demandas sociales? Un abanico de opciones por explorar se abre ante la mirada de quien se inquieta por estas preguntas; sin embargo, algunas de ellas se entrampan desde el inicio en direcciones desviantes y circulares. Por ejemplo, en diferentes propuestas institucionales se manifiesta un cierto consenso acerca de la necesidad de establecer la revocabilidad e imperatividad del mandato que los electores confieren a los elegidos. Sin embargo, esta opción, transformada en el eje central del proceso de representación, expresa una vigencia limitada en nuestra sociedad de fines del siglo XX. El problema de la vinculación entre electores y elegidos remite, en la contemporaneidad, a un tramado complejo y tenso. Supone procesos

de redefinición de los partidos, de fortalecimiento de la opinión pública, de profundización de la dimensión programática, de multiplicación de los actores sociales y políticos y, sobre todo, de transformación y extensión de las formas de participación que logren desbordar el momento puntual de las elecciones e integrar modalidades referendarias y posibilidades de iniciativas legislativas que amplíen el espacio democrático.

Una visión expansiva de la democracia apunta a multiplicar los sujetos y no se circunscribe al ámbito de la sanción y del "castigo". La vigilancia revela ser una característica del autoritarismo, un modo de producir el orden más propio de regímenes totalitarios y excluyentes que la estrategia democrática y popular tiene como desafío trascender. Esto último, pone en juego la capacidad de superar la desconexión entre medios y fines que vuelve débiles y circulares diferentes proyectos de transformación social. La construcción de la democracia no puede, só pena de autobloquearse, situar su momento fundacional en acciones verticales y excluyentes. Necesita superar la visión instrumentalista del Estado que lo reduce a simple aparato de violencia, la aproximación determinista a las clases, la concepción unilineal de los sujetos sociales, es decir, todo el instrumental que todavía pesa y obstruye una franja de las posiciones que se perfila dentro de la coyuntura.

Hay dos últimos elementos que no puedo dejar de referir, aún sea de modo acentuadamente alusivo, por la importancia particular que adquieren en la actual coyuntura dominicana. En primer lugar, cuando hablamos de democracia no podemos olvidar ni soslayar que ésta nos remite no sólo a la configuración del sistema político sino también al perfil de la sociedad y del universo cultural. Los procesos de exclusión que marginan políticamente a los grupos populares tienen apoyo en la desigualdad de las relaciones económicas y en autoritarismo que predomina en los referentes culturales colectivos. Aparece prioritario recuperar para el discurso democrático la complejidad de la interrelación que media entre sistema político, sistema económico-social y sistema cultural, la cual plantea la necesidad de una articulación, no preestablecida ni garantizada, entre la demanda de libertad y la exigencia de justicia social como "conditio sine qua non" para la consolidación y extensión de la democracia dominicana.

Al respecto, produce duda y perplejidad la propuesta neoliberal que plantea que el desarrollo, regulado automáticamente por las leyes competitivas del mercado, produce transformaciones de tipo político

orientadas al bienestar colectivo. Sin embargo, despierta igualmente suspicacia e inconformidad la reiteración del discurso estadista clásico, que sigue mirando al Estado como al "instrumento" privilegiado de redistribución o de realización de transformaciones radicales.

Vivimos de un período de tránsito histórico, que signa el agotamiento de los paradigmas económicos clásicos y sitúa como prioritarias la indagación e imaginación de nuevos modelos y de otras teorías. El reconocimiento de estos vacíos, y la asunción de la búsqueda, son parte sustantiva de los actuales proyectos democráticos, en la medida en que estos últimos se sitúan en el lugar de enlace entre política, sociedad y cultura.

El último elemento que voy sólo a mencionar como propio de la democracia, está constituido por la dimensión ideal que la distingue. La democracia, en cuanto proceso, es construcción permanente que requiere de un esfuerzo y de una tensión ininterrumpidos. Esta "idealidad" de la democracia nos avisa que la conflictualidad y la diversidad constituyen elementos internos a su mismo devenir y factores permanentes de su materialidad.

Un final que es sólo un tránsito

Cuando tomamos en cuenta el escenario global que enmarca la actual coyuntura, los procesos electorales adquieren una significación diferente respecto a la que presentan a la mirada inmediata. Lo que podría parecer un horizonte cerrado deviene un escenario relativamente abierto, en el cual está dada la posibilidad de construir diferentes opciones. Nunca como hoy en la sociedad dominicana ha sido tan intensa la demanda de cambio, presente en sus diferentes sectores, y en primer lugar, en el área del movimiento popular. Sin embargo, hay una característica del presente que me parece importante no obviar, sobre todo en el ámbito de este seminario. La crisis que permea nuestra contemporaneidad señala la dilución o desmoronamiento de las utopías surgidas en el siglo XIX y presentes a lo largo del siglo XX. La crisis de las utopías es un signo inequívoco de la inconsistencia de las equivalencias asumidas en lo anterior como evidentes y lineales. El sentir y el pensar de este ocaso de siglo han aprendido que, así como la libertad no deriva de por sí en afirmación de justicia social, del mismo modo la búsqueda de justicia social no es garantía indiscutida de libertad. La conquista de nuestro presente, desaliento y esperanza a la vez, reside en la conciencia de que la unidad de libertad y de justicia social puede ser sólo un

resultado provisional, para el cual no disponemos de caminos ya trazados sino solamente de débiles puntos de referencia. En el curso de esta construcción democrática, valores como el testimonio, la buena voluntad y la capacidad de sacrificio, tan presentes en una ética heroizante, necesitan ser conjugados y sustanciados con los valores de la racionalidad, de la calculabilidad y de la crítica, como oportunidad de definición de pautas de acción más eficaces y participativas. Esta dimensión del proceso democrático resulta decisiva en una sociedad como la dominicana, en la que la proyectualidad alternativa se ha inclinado repetidamente a la valorización de la actitud al sacrificio y de la fuerza del ejemplo, revelando de este modo sus dificultades para insertar en el contexto nacional sus acciones e implementar estrategias con capacidad de articular las fuerzas sociales.

La crisis contemporánea nos desorienta, pero nos ofrece también la posibilidad de redefinir los escenarios del presente, imaginando futuros. En ella, en la medida en que se desmoronan algunos puntos de referencia históricos, otros destellan y empiezan a relucir. Creo que nos encontramos en un cruce importante del devenir dominicano, en el que nos está dada la posibilidad de insertarnos en la Historia, no para repetirla o imitarla, con la mirada fija en otros países, sino para utilizarla para hacer historia. Es decir, para empezar a experimentar y construir, a encontrar nuestra identidad y, con nuestras posibilidades y nuestros límites, ensayar respuestas a las interrogantes que nos angustian y nos desafían.